MUNDO DE LIBROS

En tranvía: Cuentos dramáticos

EMILIA, CONDESA DE PARDO BAZÁN

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

En tranvía: Cuentos dramáticos

Emilia, condesa de Pardo Bazán

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTAS DEL TRANSCRIPTOR

En la versión de texto sin formatear el texto en cursiva está encerrado entre guiones bajos (_cursiva_) y el texto en Versalitas se representa en mayúsculas como en VERSALITAS.

La ortografía del texto que compone la serie de cuentos que se incluyen no sigue las reglas actuales de la lengua española, sino las que estaban vigentes cuando la edición usada para la transcripción de esta obra fue publicada. El lector interesado puede consultar el mapa de Diccionarios Académicos de la Real Academia Española.

En la presente transcripción se adecuó la ortografía de las mayúsculas acentuadas a las reglas indicadas por la RAE, que establecen que el acento ortográfico debe utilizarse, incluso si la vocal acentuada está en mayúsculas.

Se han corregido errores evidentes de puntuación y otros errores tipográficos y de ortografía.

El Índice con los títulos de las historias fue reubicado al principio de la obra.

La portada de este libro electrónico fue modificada por el transcriptor y ha sido incluida en el dominio público.

* * * * *

OBRAS COMPLETAS

DE

EMILIA PARDO-BAZÁN

CONDESA DE PARDO-BAZÁN

EN TRANVÍA (CUENTOS DRAMÁTICOS)

EMILIA PARDO-BAZÁN CONDESA DE PARDO-BAZÁN

OBRAS COMPLETAS.--TOMO XXIII

EN TRANVÍA (CUENTOS DRAMÁTICOS)

[Ilustración]

RENACIMIENTO
SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL
Calle de Pontejos, 8, 1.º
MADRID

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de Prudencio Pérez de Velasco, Campomanes, 4.

ÍNDICE

Pág.

En tranvía 5

Adriana 15
Vitorio 23
Las desnudadas 31
Semilla heroica 39
Justiciero 45
Elección 53
La chucha 61
El vino del mar 73
Fuego á bordo 79
La paz 103
Suerte macabra 111
El guardapelo 119
La ventana cerrada 125
Infidelidad 133
De vieja raza 139
Benito de Palermo 145
Ley natural 153
El comadrón 159
El voto de Rosiña 167
Vivo retrato 173
El décimo 179

La puñalada 183

En el Santo 191

Santos Bueno 197

Sustitución 201

La compaña 209

La dentadura 215

Inspiración 221

Oscuramente 227

El ahogado 233

El molino 239

Aventura 249

El oficio de difuntos 257

Juan Trigo 265

El camafeo 273

Voz de la sangre 279

EN TRANVÍA

Los últimos fríos del invierno ceden el paso á la estación primaveral, y algo de flúido germinador flota en la atmósfera y sube al purísimo azul del firmamento. La gente, volviendo de misa ó del matinal correteo por las calles, asalta en la Puerta del Sol el tranvía del barrio de Salamanca. Llevan las señoras sencillos trajes de mañana; la

blonda de la mantilla envuelve en su penumbra el brillo de las pupilas negras; arrollado á la muñeca, el rosario; en la mano enguantada, ocultando el puño del _encas_, un haz de lilas ó un cucurucho de dulces, pendiente por una cintita del dedo meñique. Algunas van acompañadas de sus niños; ¡y qué niños tan elegantes, tan bonitos, tan bien tratados! Dan ganas de comérselos á besos; entran impulsos invencibles de juguetear, enredando los dedos en la ondeante y pesada guedeja rubia que les cuelga por las espaldas.

En primer término, casi frente á mí, descuella un _bebé_ de pocos meses. No se ve en él, aparte de la carita regordeta y las rosadas manos, sino encajes, tiras bordadas de ojetes, lazos de cinta, blanco todo, y dos bolas envueltas en lana blanca también, bolas impacientes y danzarinas, que son los piececillos. Se empina sobre ellos, pega brincos de gozo, y cuando un caballero cuarentón que va á su lado--probablemente el papá--le hace una carantoña ó le enciende un fósforo, el mamón se ríe con toda su boca de viejo, babosa y desdentada, irradiando luz del cielo en sus ojos puros. Más allá, una niña como de nueve años se arrellana en postura desdeñosa é indolente, cruzando las piernas, luciendo la fina canilla cubierta con la estirada media de seda negra, y columpiando el pie calzado con zapato inglés de charol. La futura mujer hermosa tiene ya su dosis de coquetería; sabe que la miran y la admiran, y se deja mirar y admirar con oculta é íntima complacencia, haciendo un mohín equivalente á «Ya sé que os gusto; ya sé que me contempláis». Su cabellera, apenas ondeada, limpia, igual, frondosa, magnífica, la envuelve y la rodea de un halo de oro, flotando bajo el sombrero ancho de fieltro, nubado por la gran pluma gris. Apretado contra el pecho lleva un envoltorio de papel de seda, probablemente algún juguete fino para el hermano

menor, alguna sorpresa para la mamá, algún lazo ó moño que la impulsó á adquirir su tempranera presunción. Más allá de este capullo cerrado va otro que se entreabre ya, la hermana tal vez, linda criatura como de veinte años, tipo afinado de morena madrileña, sencillamente vestida, tocada con una capotita casi invisible que realza su perfil delicado y serio. No lejos de ella, una matrona arrogante, recién empolvada de arroz, baja los ojos y se reconcentra como para soñar ó recordar.

Con semejante tripulación, el plebeyo tranvía reluce orgullosamente al sol, ni más ni menos que si fuese landó forrado de rasolís, arrastrado por un tronco inglés legítimo. Sus vidrios parecen diáfanos; sus botones de metal deslumbran; sus mulas trotan briosas y gallardas; el conductor arrea con voz animosa, y el cobrador pide los billetes atento y solícito, ofreciendo en ademán cortés el pedacillo de papel blanco ó rosa. En vez del olor chotuno que suelen exhalar los cargamentos de obreros allá en las líneas del Pacífico y del Hipódromo, vagan por la atmósfera del tranvía emanaciones de flores, vaho de cuerpos limpios y brisas del iris de la ropa blanca. Si al hacerse el pago cae al suelo una moneda, al buscarla se entreven piececitos chicos, tacones Luis XV, encajes de enaguas y tobillos menudos. Á medida que el coche avanza por la calle de Alcalá arriba, el sol irradia más é infunde mayor alborozo el bullicio dominguero, el gentío que hierve en las aceras, el rápido cruzar de los coches, la claridad del día y la templanza del aire. ¡Ah, qué alegre el domingo madrileño, qué aristocrático el tranvía á aquella hora en que por todas las casas del barrio se oye el choque de platos, nuncio del almuerzo, y los fruteros de cristal del comedor sólo aguardan la escogida fruta ó el apetitoso dulce que la dueña en persona eligió en casa de Martinho ó

de Prast!

Una sola mancha noté en la composición del tranvía. Es cierto que era negrísima y feísima, aunque acaso lo pareciese más en virtud del contraste. Una mujer del pueblo se acurrucaba en una esquina, agasajando entre sus brazos á una criatura. No cabía precisar la edad de la mujer; lo mismo podía frisar en los treinta y tantos que en los cincuenta y pico. Flaca como una espina, su mantón parduzco, tan traído como llevado, marcaba la exigüidad de sus miembros: diríase que iba colgado en una percha. El mantón de la mujer del pueblo de Madrid tiene fisonomía, es elocuente y delator; si no hay prenda que mejor realce las airosas formas, que mejor acentúe el provocativo meneo de cadera de la arrebatada chula, tampoco la hay que más revele la sórdida miseria, el cansado desaliento de una vida aperreada y angustiosa, el encogimiento del hambre, el supremo indiferentismo del dolor, la absoluta carencia de pretensiones de la mujer á quien marchitó la adversidad, y que ha renunciado por completo, no sólo á la esperanza de agradar, sino al prestigio del sexo.

Sospeché que aquella mujer del mantón ceniza, pobre de solemnidad sin duda alguna, padecía amarguras más crueles aún que la miseria. La miseria á secas la acepta con feliz resignación el pueblo español, hasta poco hace ajeno á reivindicaciones socialistas. Pobreza es el sino del pobre, y á nada conduce protestar. Lo que vi escrito sobre aquella faz, más que pálida, lívida; en aquella boca sumida por los cantos, donde la risa parecía no haber jugado nunca; en aquellos ojos de párpados encarnizados y sanguinolentos, abrasados ya y sin llanto refrigerante, era cosa más terrible, más excepcional que la miseria: era la desesperación.

El niño dormía. Comparado con el pelaje de la mujer, el de la criatura era flamante y decoroso. Sus medias de lana no tenían desgarrones; sus zapatos bastos, pero fuertes, se hallaban en buen estado de conservación; su chaqueta gorda sin duda le preservaba bien del frío, y lo que se veía de su cara, un cachetito sofocado por el sueño, parecía limpio y lucio. Una boina colorada le cubría la pelona. Dormía tranquilamente; ni se le sentía la respiración. La mujer, de tiempo en tiempo, y como por instinto, apretaba contra sí al chico, palpándole suavemente con su mano descarnada, denegrida y temblorosa.

El cobrador se acercó librillo en mano, revolviendo en la cartera la calderilla. La mujer se estremeció como si despertase de un sueño, y registrando en su bolsillo, sacó, después de exploraciones muy largas, una moneda de cobre.

--¿Adónde?

--Al final.

--Son quince céntimos desde la Puerta del Sol, señora--advirtió el cobrador, entre regañón y compadecido--y aquí me da usted diez.

--¡Diez!...--repitió vagamente la mujer, como si pensase en otra cosa.--Diez...

--Diez, sí; un perro grande... ¿No lo está usted viendo?

--Pues no tengo más--replicó la mujer con dulzura é indiferencia.

--Pues quince hay que pagar--advirtió el cobrador con alguna severidad, sin resolverse á gruñir demasiado, porque la compasión se lo vedaba.

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com